

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA.

POR TRES MESES... 12 RS  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

## RECREOS DE INVIERNO (1).

## UN VIAGE Á LA COSTA DEL MEDITERRÁNEO.

DE SEVILLA A CÁDIZ.

Cádiz.—Catedral.—Paseos etc.—Muralla de mar.—La Carraca.—Urca Marigalante.—Puerto de Santa María.—San Fernando.—Puerto Real.

Para dar una idea exacta de Cádiz, necesitaba escribir algunas más páginas, y esto ya lo ha hecho mejor que yo, el delicado escritor mi amigo D. F. de P. Madrazo en sus *Recuerdos de viajes*. A pesar de hallarse Cádiz en un período de decadencia, está muy lejos de olvidar ese mejoramiento general que se nota en todas las poblaciones de España. Su hermosa catedral de mármoles, sus lindas plazas y paseos, su mágico casino, sus buenos teatros, sus limpias calles, y su alumbrado de gas, colocan á esta población en la primera línea de los pueblos cultos.

La catedral, sin ser una obra sorprendente, es un magnífico y lujoso templo de elegante interior. Situado en la misma muralla del mar, descuella con gallardía aquella mole de piedra y mármoles blancos, sirviendo al navegante como de religiosa atalaya de aquel seguro puerto, como recuerdo de que bajo aquella blanca bóveda se halla la imagen del que infunde la esperanza en el marino, ó del que acoge bondadoso al naufrago.

La muy célebre plaza de San Antonio, hoy de la Constitución, y la moderna del general Mina, bastarían para acreditar el buen gusto de los gaditanos; aquella con pavimento de mármol, rodeada de asientos de piedra con barandilla de hierro y una hilera de corpulentos chopos: la de nuestro héroe contemporáneo, tiene también hermoso y cómodo pavimento, lindos asientos cubriéndolos un espeso emparrado con tres calles de naranjos y otros árboles, formando en medio un círculo de enhiestados álamos blancos.

A una y otra plaza la rodean hermosos edificios; desde una y otra se ve el mar y ambas sirven de centro de reunión y de paseo á las graciosas gaditanas: la de San Antonio en invierno de una á tres; la de Mina en verano, amenizando estos sitios una banda de música.

El paseo de la Alameda en la misma muralla del mar, con sus lindas cercas de arbustos y flores, sus cómodos asientos, sus estatuas y fuentes es uno de los miradores más deliciosos que puede presentar un puerto marítimo, además de ser un bellissimo paseo: plantas tropicales crecen allí sin tierra apenas, y regadas de continuo por el agua salobre del mar tan mortífera para las flores.

El mercado nuevo en la plaza de la Libertad, digno competidor del grandísimo de Sevilla, y de los mejores de Madrid, con sus columnas, su limpieza y su buen orden, merece ser examinado, lo mismo que el castillo de San Sebastian, y el vistosísimo paseo de la formidable Puerta de Tierra.

La muralla de Cádiz, tan celebrada en canciones, no tiene igual en España, no podrá compararse el trozo de Barcelona desde Atarazanas á la puerta del muelle, pero no la escede. En una hora se pasea toda ella, que circunvala á Cádiz. Allí se ven rimeros de morteros, obuses, cañones de todos calibres, y apiñados montones de bombas, granadas y balas, asombrando su multitud tanto como su inmenso valor.

La ciudad mercante empieza ahora á ser industrial, habiéndose establecido una grandiosa fábrica de hilo y tejidos de algodón, digna de ser visitada. Su máquina de vapor tiene la fuerza de mas de treinta caballos, y se emplean en las labores del establecimiento sobre 300 personas, niños y mugeres en su mayor parte.

El arsenal de la Carraca, es una parte integrante de Cádiz y un sitio célebre por sus recuerdos históricos y por sus obras marítimas. Cualquiera de los vapores que salen continuamente para San Fernando le conduce á uno en menos de media hora.

El 41 del actual á las nueve y media de la mañana, sali de Cádiz en el vapor Infanta. Un sol de Otoño, un mar tranquilo, y sobre treinta pasajeros, entre los que habia un gaditano con su guitarra á cuyo son cantaba alegres canciones del país, hizo amenísimo tan corto viage, que haciendo escala en Puerto Real nos condujo á la Carraca en una media hora.

Aquella población casi al nivel del mar me impuso: es una isla llana, arenosa, y en la cual ha hecho la industria y la ciencia un tesoro de riqueza.

Acompañado del bondadoso secretario del jefe del arsenal, señor Cruz, ausente éste á la sazón, gocé admirando lo mucho que de admirar hay en la Carraca. Aquellos pabellones tan simétricamente contruidos for-

mando un pueblo, aquellos inmensos talleres y almacenes ruinosos unos y reedificados otros, y aquel martilleo y ruido por todas partes que dá animación y nuevo ser á aquella isla, me hacian experimentar gratas emociones.

La sala de armas, es una verdadera armería: allí se ven los fusiles formando columnas cuya base la constituyen las pistolas: allí se ven cubiertas las paredes con vistosas combinaciones de armas, y no se ve por todas partes sino fusiles, carabinas, pistolas, sables, chuzos de abordage, machetes, hachas, todo en gran cantidad.

El gabinete de brújulas es digno del arsenal.

En los talleres se ven los trabajos de herrería, carpintería, hacer los platos, cucharas para la marinería, jarcias, palos, y á la par de grandes construcciones multitud de menudencias.

En los diques, que son excelentes, vi puesta la quilla del grandioso navio Isabel II, que montará 80 cañones; el vapor Hernán Cortés, de 350 caballos, enramado y embragado; y el bergantin Galiano próximo á su conclusion. Habia además en composicion el bergantin Patriota; fuera del dique el vapor de hierro Leon, y la fragata Cristina; y útiles los vapores Castilla y Santa Isabel; todos de guerra.

Examinado esto, andando por aquellos montones de maderas, entramos en un bote que nos esperaba para ir á bordo de la Urca Marigalante, de 20 cañones, á la que subimos por una escalera perpendicular de 26 peldaños. El capitán Dobblon y sus oficiales con esa galantería peculiar de los marinos, nos enseñaron el buque, y nos hicieron pasar luego á la cámara del capitán, que parecia mas el elegante tocador de una hermosa, que la morada de un intrépido marino, en la cual esperaba un fino alarde de la generosidad del jefe de la urca.

En aquella cámara revestida de raso azul con las maderas de blanco y oro, y muelles asientos á la vista del mar, se pronunciaron afectuosos brindis entre espesas humaredas de ricos habanos, y examinando el dibujo de la última tormenta que sufrió la Urca, regresando de Italia con nuestras tropas: parecia que nos identificábamos cariñosamente con aquel leño que supo contarrestar sus indomables enemigos y salvar las preciosas vidas confiadas á su cuidado. ¡Qué extraño que el marino ame á su buque! ¡qué se conmueva al referir los heroicos esfuerzos que ellos dicen, hacen los barcos por obedecer las órdenes de su jefe y señor! Pero no es mi ánimo estenderme en estas observaciones; el amable secretario del señor Cruz, el jóven y entendido director y redactor del *Comercio*, que me acompañó al arsenal, el franco y galante capitán de la Urca y los decorosos oficiales y guardias marineros que la tripulaban, hubiéramos prolongado por ilimitado tiempo aquellos felices momentos á no acercarse el vapor en el que teníamos que regresar á Cádiz. Un bote con doce remeros y alfombrado con un paño nos condujo de la Urca al vapor, llevando yo conmigo el impercedero recuerdo de aquella expedición, y la invariable amistad de quienes en ella me habian acompañado tan obsequiosos.

que es verjel de flores y naranjos, etc., el no menos lindo de la Alameda, y cuanto el puerto encierra es digno de verse. Allí hay tambien bodegas como las de Jerez. Una, entre otras que visité, la de los señores Urruelas, tiene de 30 á 40,000 arrobas de cabida, y un inmenso taller de botas, en las que conducen á toda Europa sus incomparables vinos, de los cuales gusté uno destinado á una muy elevada persona de la corte.

Inmediato al puerto desagua en el mar el Guadalete, de fatal recuerdo para España, y se cruza el rio por un elegantísimo puente colgante, que á pesar de su estension tiene un solo ojo.

San Fernando, sin ofrecer el encantador aspecto del Puerto, es notable por las salinas, por el célebre puente de Suazo, por el Observatorio y el Colegio naval cosas dignas de verse y en cuyos puntos se invierten agradables é instructivas horas, merced á la amabilidad de sus directores.

La vuelta de San Fernando por tierra es de lo mas placentero; porque se goza montando en una calesa que casi volando le conduce á uno por un camino en medio del mar, cuyas olas dejan su espuma á los pies del caballo. En poco mas de una hora se corren estas dos leguas y se entra en Cádiz por la inexpugnable Puerta de Tierra, despues de haber pasado por la Cortadura, y por el barrio y paseo de Tierra, lleno de ventorrillos constantemente animados y concurridos, en los cuales se comen delicados mariscos.

Puerto Real es tambien notable, como lo son casi todos los pueblos de Andalucía, y ostenta como glorioso trofeo de nuestra independencia, las ruinas que causaron los franceses.

Teatros de Cádiz.—Baile en el Casino.—Adios á Cádiz.

Señorita doña C... P...

Sin ser apasionada por el teatro, ni aficionada á los bailes, á pesar de sus pocos años, le pertenece á vd., mi mejor amiga, esta carta:

Además del Balon y el Circo, tiene Cádiz el teatro principal, espacioso, cómodo, y que solo le faltan algunas reformas para ser un gran teatro (1), y digno de la mejor corte. Abiertos por lo general todo el año los tres coliseos, son el testimonio mas evidente de la cultura de la población, como lo son los cuatro periódicos políticos que sostiene, sin contar los de otras materias.

Los casinos fuera de Madrid son el principal albergue de los forasteros, y el centro de la buena sociedad de un pueblo; parecen los asilos hospitalarios de la antigüedad donde se acogia al viajero y se le trataba como á persona de la misma familia. El casino gaditano, donde todo forastero decente es admitido con distincion, no se parece á ningun otro casino de España, bien es que en ninguno se han gastado cerca de 30,000 pesos.

Retratado en él el buen gusto de los gaditanos, es su orgullo y el asombro de los viajeros. No puede concebirse un establecimiento de esta clase con mas lujo, con mas elegancia, con mas coquetería. Desde el zaguan hasta las últimas piezas es todo notable. Las veinte y tantas mesas de tresillo, las en que se juega al



Vista de Cádiz.

El puerto de Santa María debe verse en el verano, no en este mes. Sin embargo, la población es linda en todo tiempo. Cuenta 17,000 almas y en nada se parece á los demas pueblos de España; su magnífica situación, su hermoso aspecto, su grandiosa Calle Larga, la belleza de todas las casas, el lindísimo paseo de la Victoria

fatal burro, las tres de billar y el gabinete de lectura, tan completo como lo exige un pueblo mas que europeo, atraen al casino á toda la buena sociedad varonil de Cádiz y á los forasteros, con grave disgusto de las

(1) Véanse los números 97, 100, 105 108, y 109.



gaditanas que, con todos sus incomparables atractivos, no pueden desprender al mismo hombre que las ama de dedicar bastantes horas á sus amigos, con los que juega, fuma y charla.

Peró son galantes los gaditanos, y esas horas que roban á la amable sociedad de sus paisanas las indemnizan con dos ó tres bailes al año, en que ponen á discrección del bello sexo aquel local, que en todo lo demás del año les está vedado.

El 22 de diciembre era el día destinado para el baile deseado por las gaditanas: yo también lo deseaba; al día siguiente debía partir, y había estado esperando aquella ocasión de ver á las gaditanas en el elemento de las mugeres.

O fuera mi impaciencia, ó realidad, me parecía notar en Cádiz en la mañana de aquel día ese movimiento que precede á la celebración de una fiesta en que todos toman parte. Las tiendas de modistas creía verlas mas concurridas: por las calles andaban las señoras acompañadas solo de un criado, muy de prisa y muy tapadas, como quien va á objeto determinado: en todas las zapaterías creía no ver mas que zapatos de raso blanco; y en fin, en todas partes notaba los preludios del baile; pues en las casas donde había jóvenes todo era animación, deseos y esperanzas. Solo los teatros descansaban aquel día.

A las diez de la noche ya estaba recibiendo el Casino á los invitados. Al penetrar por el zaguan con sus puertas de cristal y caoba, me encontré en un patio que creí era una de esas encantadoras moradas que Hoffman nos refiere en sus cuentos. Es un patio cubierto de cristales, con pavimento y columnas de mármol, estatuas académicas, vestidas las paredes con papel de la China, cuyas figuras, aves y flores pintadas con esos inimitables colores chinos, hacían resaltar los faroles de igual procedencia, y lámparas de cristal mate, que encerrando focos de gas distribuían la luz con esa dulce suavidad con que la llama envía sus rayos. En los ángulos y en las entrepuertas, elegantes mesas con bujías y ramilletes que lo aromaban todo.

Una escalera de mármol alfombrada conducía á la galería que daba á este patio tan oriental y á los salones. Antes, en el primer piso, están las salas de tresillo, que por esta noche estaban sin mesas de juego, y lujosamente adornadas, para descanso, sirviendo también de paso para el ambigü. En la galería, pintada de un verde claro con cuadros al óleo de paisajes y escenas andaluzas, había una escogida orquesta, de la que se participaba en el patio y los salones.

Estos eran tres: el de en medio forrado de papel aterciopelado y oro, tenía banquetas de seda rosa y blanco; multitud de lámparas de gas, bujías y ramos de flores: la sedería del de la derecha azul y blanca, y morada la del de la izquierda, con las mismas luces y las propias flores que pudieran tenerse en mayo. Las colgaduras, los espejos y alfombras, era todo rico, lujoso, elegante.

De la concurrencia ¿qué diré? ¿Cómo describir aquellas hermosuras gaditanas, ataviadas con tanta sencillez como elegancia, y sin llevar las jóvenes, por lo general mas adorno que algunas flores naturales menos hermosas que ellas, y colocadas no sé si por la naturaleza ó por el arte, pero si como se las colocan las andaluzas? ¿Cómo pintar aquella gracia natural, aquel donaire, aquella franca y delicada galantería de las gaditanas? ¿Cómo retratar su hermosura? Solo diré con el Tasso:

Dolce color di rose in quel vel volto  
Fra l'avorio si sparge é si confonde;  
Ma nella boca, ond'esce aura amorosa,  
Sola rosseggia e semplice la rosa.  
Mostra il bel petto le sue nevi ignude,  
Onde il foco d'Amor si nutre e desta....

Peró basta, amiga mia, están demasiado recientes en mí los constantes recuerdos de esta noche y la estoy escribiendo á la vista de Cádiz á la cual dejaré de ver pronto.

Ostentando las señoras sus brillantes, y las jóvenes sus gracias, no podíamos ostentar nosotros otra cosa que cariño y entusiasmo por todas. Así se distinguía en aquella brillante sociedad la animación, la cordialidad, la franqueza, el buen tono que de nadie tienen que aprender los gaditanos. Solo en Madrid, amiga mia, se pueden hallar bailes que compitan con el de Cádiz: solo en Madrid he visto la decorosa y nunca abusada libertad de que disfrutaban las jóvenes en estas reuniones, paseando del brazo con su pareja y sentándose sola á su lado: en los bailes, las jóvenes pertenecen á los jóvenes; porque nada mas ridiculo que estar una muchacha aprisionada toda una noche al lado de la respetable mamá.

Grata y rápidamente volaron para mí las horas de aquella noche: las del nuevo día fueron la continuación de aquel ensueño; cuando desperté de él me hallaba á bordo del vapor Heredia; próximo á engolfarme en el Océano para pasar al otro mar.

En el alcázar del buque contemplé á Cádiz con aquel enternecimiento con que se contempla un objeto querido del cual nos separamos: nobles amigos, cariñosas amistades, inolvidables recuerdos, una ciudad querida, todo conducía á Cádiz mi cabeza y mi corazón. Aun suenan en mis oídos palabras que, ó quisiera olvidar ó no haberlas escuchado; aun me turba el recuerdo de miradas que por ser tan candorosas provocaban, aun aspiró los aromas de alguna flor, cuya hermosura me representa la de su dueña... aun veo á Cádiz. En breve

solo conservaré de ella el recuerdo y la esperanza de volverla á visitar.

Y así es, amiga mia, la chimenea ya está arrojando negras nubes de humo; empiezan á levar anclas, y el monótono clamor de los marineros y el movimiento del buque, me impiden continuar. El mar, ademas empieza á alterarse un poco, llueve y se presenta mala noche.

Esto, no obstante, estamos ya navegando para el Estrecho, á fin de llegar mañana temprano á Málaga.

A bordo del Heredia, diciembre 24 de 1850.

A. PIRALA.

## ODIO DE AMOR.

### NOVELA.

(Continuación.)

#### CAPITULO VI.

COMO SE DAN Y SE QUITAN LOS EMPLEOS.—UN SILBIDO CARO.

Cuando Felix participó este hermoso proyecto á Rosales, el capitán de cazadores se alzó de hombros y le dijo:

—¿Qué diablos vas á buscar en aquel país satánico, donde las mugeres son negras como la tinta y los hombres perfidios como los naipes?

—Voy á buscar fortuna; me han asegurado que allí es fácil conseguirlo, repuso el joven, ocultando á su amigo el verdadero motivo de su determinación.

—No hay necesidad de salir de Madrid para eso. Tú eres joven, tienes buena figura y no careces de talento; procura introducirte en palacio, y habrás alcanzado lo que anhelas, sin esponerte al peligro de atravesar los mares, ó al de morir del vómito negro ó de la fiebre amarilla en aquellos apartados climas.

—Puen bien, ya que te empeñas en saberlo,—replicó Felix, deseando cortar el debate;—te diré en confianza que me fastidio aquí mortalmente y quiero hacerte matar.

—¡Insigne necedad! exclamó don Martin: lo mismo puedes encontrar la muerte aquí que en América; la Europa toda es un volcan, y donde quiera que vayas oiras silbar las balas. Ponte al alcance de ellas, y ya verás si....

—Veo que tienes hoy el humor muy alegre, contestó Felix interrumpiéndole, y como no estoy para bromas me permitirás que me retire.

Una hora despues de esta conversacion, la señora de Llanes estaba enterada del proyecto de Felix.

—¿Está loco? preguntó al capitán.

—Es de presumir; y si no supiera que la señorita Julia está dispuesta á serle benévola en cuanto exija de su amabilidad, creería que le ha trastornado la cabeza.

—¿Decis qué vá á América?

—Sí, á las Antillas ó á Costa-Firme.

—¡Lindas tierras!

—Los que no mueren á manos de los indígenas, sucumben á la fiebre amarilla, á las mordeduras de las serpientes, ó al veneno preparado por los negros.

Bastóle esto á Carmen para formar su juicio acerca de lo que debía hacer; despidió al capitán con un pretexto cualquiera, mandó enganchar el coche y se dirigió al ministerio de Marina.

Entonces y ahora, caros lectores, una muger joven y hermosa tenía franca la entrada en todas partes.

La baronesa manifestó al ministro sin rodeos que venia á pedirle una gracia; y el ministro le respondió que podía considerarla ya como obtenida.

—Se trata de ciertas plazas que podeis conferir en la armada.

—Comprendo: son muy solicitadas; pero aquí para inter nos, os diré que no son nada estables, y que solo duran por un plazo mas ó menos breve.

—Así os costará menos complacerme.

—Hablad, estoy á vuestras órdenes. ¿Cuál es vuestro deseo? Teneis un protegido á quien favorecer, un importuno que alejar, un amigo por quien interceder?...

—Menos que eso: un pariente á quien destituir.

—Nada mas fácil.

—Así... ¿consentis?

—Con mil amores, y en verdad que no me lo debeis agradecer. ¡Me regalais una plaza cuando me imaginé que veniais á pedirme una! ¿Cómo se llama vuestro pariente?

—Don Felix Granado.

—El hijo de don Juan Granado, capitán de navío! Tiene títulos al aprecio de S. M. y me le habian recomendado con grande empeño. Tengo sobre la mesa su nombramiento para firmarlo.

—Me apodero de él y lo rompo.

—Indudablemente no merecia las bondades de su magestad, cuando se ha atrevido á desagradaros.

—Exijo ademas otro obsequio de vos.

—Mandad.

—Vuestra formal promesa de negarle cuanto os pida, si os viniese con alguna nueva importunidad.

—Señora, solo exigis de mí cosas muy fáciles y ha-

cederas, cuando tendriais derecho de pedirme algo que rayase en lo imposible.

—Y en cambio de estos favores, ¿qué exigis de mí? dijo Carmen al ministro al despedirse de él.

—Nada mas que vuestro reconocimiento.

—¡La mas pródiga de las virtudes! Bien comprendéis señor ministro que no soy bastante rica para pagar el interés de esa deuda.

Algunos dias despues, Granado acudió al ministerio en demanda de su nombramiento, y le dijeron que S. M. habia nombrado á otro en su lugar. Indignado, quiso saber qué influencia habia podido arrancarle un destino que tenía derecho á mirar como otorgado, habiéndole empeñado el ministro su palabra, y no tardó en averiguar que su prima era la causa única de su desgracia.

—Si hubiese podido conservar alguna ilusion, le dijo él á su primer encuentro, se habria desvanecido en vista de tu perfidia.

—Ten cuidado, respondió ella, que no lleve mas adelante mi justo enojo.

Felix atónito la siguió con los ojos en tanto que se alejaba, sin comprender el sentido de sus palabras.

Obligado á renunciar á su proyecto trasatlántico, Granado procuró alejar de sí el recuerdo que sobrevivia á todas las angustias de su corazón. Una actriz, la señorita Julia de... (cualquier cosa, su apellido nada nos importa) la misma de que habló don Martin á la baronesa, se prestó con la mayor gracia del mundo á ayudarle en esta difícil empresa.

Era Julia una excelente chica, siempre contenta y alegre, pródiga de todo, hasta de su corazón, la cual viendo al gallardo joven siempre triste y melancólico, se imaginó que una amante que reuniese sus dotes, seria el mejor remedio para curarle de su misantropía.

Enamoróse de él contra su costumbre; pero quiso la fatalidad que cuando mas empeño ponía en curarle radicalmente de sus pesares, cierto duque, á quien llamaremos don Jorge de Vildósola, tuvo el capricho de enamorarse de ella perdidamente. Julia era honrada á su manera; habia tenido varios amantes; pero jamás engañó á ninguno. Como no ocultaba á nadie sus relaciones, no necesitaba valerse de subterfugios para aceptar ó rechazar los obsequios que la dirigian. Así fué, que no bien se le declaró el duque, sin dejarle pasar adelante, le dijo:

—Sois, duque, un caballero como pocos, y cualquiera muger se considerará feliz de poseer vuestro cariño; pero yo amo á otro y no puedo ni quiero engañarle. Seamos buenos amigos como hasta aquí, y no hablemos mas de eso.

—Amigos, ¡bah! Aspiro á otro título mas dulce. No he visto nunca ojos tan hermosos como los tuyos, y me han vuelto loco. Mira, daría con gusto todos los diamantes de mi abuela, á trueque de que me mirasen con ternura cinco minutos.

—Todos los diamantes del mundo no me harian faltar á mis compromisos, y prefiero una caricia de don Felix á los tesoros del Perú.

—Me harás morir de desesperacion.

—Lo siento mucho; pero no puedo llorar.

—De manera que no hay esperanza?...

—Aguardad, si queréis; yo no sé lo que pensaré mañana. Don Felix sigue tibio é indiferente conmigo.

El duque esperó; pero viendo al cabo de dos meses que nunca llegaba el suspirado plazo, volvió á importunar á la actriz con sus exigencias.

Julia, al oírle, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—¿Todavía pensais en eso? le dijo.

—Ahora mas que nunca.

—Vuestra constancia es admirable!

—Ríete de ella, tú que continuas locamente enamorada de don Felix.

—Yo soy la primera que se admira de semejante fenómeno. Verdaderamente es un milagro.

—No creo en los milagros.

—Sin embargo, fuerza será convertirlos.

—No pido otra cosa, si tú quieres ser mi redentora.

—Señor duque, soy aun demasiado novicia para encargarme de la salud de dos almas á la vez.

—Así, rehusas terminantemente, concederme la parte de paraíso que me corresponde en pago de mi fe y perseverancia?

—Dirigios á mis compañeras; hay entre ellas ángeles llenos de caridad y misericordia.

—Y bien, yo te demostraré, voto á bríos, que no hay santa que no peque tres veces al día!

—Y yo os enseñaré que no existe diablo alguno al que no se pueda conjurar.

El avisador del teatro vino á prevenir á Julia que iba á empezar la comedia, y la linda actriz, haciendo una graciosa reverencia al duque, le dejó solo en su cuarto, combinando los medios de rendirle.

Desde aquella noche el combate fué tenaz y encarnizado: los ataques eran vivos y la defensa heroica. Vildósola, herido en su amor propio, la enviaba diariamente los mas tiernos billetes, las frutas mas esquisitas de la estación, y los regalos mas ricos y variados. Julia leia las cartas, se engullia las frutas y devolvía los regalos. Todas las niñas y concurrentes íntimos al teatro, asistían al torneo, y unos apostaban por el duque y otros por la actriz. Don Felix Granado era acaso el único que veía con la mas completa indiferencia aquella singular y porfiada lucha.

La vispera de un domingo en que debía representarse una comedia nueva en el teatro de la Cruz, el capitán de cazadores convidó á comer, para celebrar su nati-



licio, á varios amigos, entre los que ocupaban el primer lugar Felix y el duque. También habían sido invitadas Julia y algunas otras jóvenes recomendables por su belleza y amabilidad.

Dejamos á la penetración de nuestros lectores adivinar qué clase de festín sería este; desde el primer servicio las bromas y chistes de grueso calibre se sucedían sin interrupción. Baste decir, que habiendo el mozo de la fonda cometido la inadvertencia de poner botellas de agua en la mesa, Vildósola las arrojó por el balcón, y propuso hacer lo mismo con el pobre diablo para enseñarle á no ser tan estúpido en adelante.

Intervino Rosales, diciéndole: —Perdonémosle por ser la primera; á la segunda recibirá un manteo.

—Que se emborrache bebiendo dos vasos de vino á cada plato que nos traiga, replicó el duque, ó le rompo esta silla en la cabeza.

El mozo protestó que tendría gran placer en obedecer á S. E., pero al cuarto ó quinto plato rodó por la escalera con las fuentes que llevaba.

A los postres todos se encontraban mas ó menos en el mismo estado que el mozo; y Vildósola, que se hallaba sentado junto á Julia, la apostrofaba en estos términos:

—Siempre ingrata conmigo, siempre inexorable.  
—Se conoce que el Jerez se os ha subido á la cabeza, replicaba la actriz, llenándole la copa.  
—¿Sabes que ya me voy cansando del triste papel que estoy haciendo? Tu desprecio me asesina.  
—Con paciencia se gana el cielo, duque.  
—¿Y no sabes que puedo vengarme de tu incalificable desden?

—¿Vengaros? Y como.

—¡Voto al diablo! dándote una silba espantosa mañana en la comedia nueva que se va á representar.

—¡Sería una infamia!... exclamó Julia apoyándose en el brazo de Felix.

Este se volvió rápidamente, y preguntó al duque: —¿Qué habeis dicho, caballero?

—He dicho y repito que mañana silbaré á Julia, en castigo de su indiferencia y por haberse estado burlando de mí por espacio de tres meses.

—Y yo os meteré los silbidos en la garganta con la punta de mi espada, contestó el joven con la calma del desprecio.

El duque tendió la mano á su rival.

—¡Mañana lo veremos en la Cruz!

Julia se arrojó al cuello de Felix creyendo que la amaba.

Al otro día Vildósola sintió mucho aquella desavenencia; jamás, en su completa razón, se habría desmandado hasta espesarse de aquel modo: estimaba á Felix, y la provocación por su parte no podía ser mas ridícula; pero había sido pública, y creyó empeñado su honor en llevar á cabo su loca amenaza.

—Has sido un aturrido, le dijo el capitán de cazadores, deseando ver si buenamente podía desbaratar el duelo que iba á originarse á consecuencia de aquella necedad.

—Es cierto, contestó él; ¿pero qué harías tú en mi lugar?

—Hombre... no lo sé.

—Te batirías para que no se atribuyese á cobardía tu retractación.

Don Martín convino en que el duque tenía razón y desistió del proyecto de hacerle renunciar á su ruin idea.

Pronto llegó á oídos de Carmen el rumor de esta aventura; y su despecho no tuvo límites al saber que Felix iba á desenvainar su espada en pró de una comedia. Mostróse aquel día afable y risueña como nunca con el feliz cazador, y le prodigó sus mas dulces miradas á fin de saber por su boca todos los pormenores del lance; y al dar las ocho, riendo siempre de la locura de su primo, le rogó que la acompañara al teatro, pues deseaba ver en qué terminaba *aquel paso de comedia*, según se espresaba ella.

Cuando llegaron, el duque estaba entre bastidores y Felix se paseaba en los corredores aguardándole. Rosales dejó á la baronesa en el palco y voló al encuentro de su amigo.

—Si tienes en tu bolsillo algunas onzas que no te hagan falta, le dijo radiante el rostro de alegría, préstamelas, porque me encuentro *tronado* y preveo que muy pronto necesitaré algún dinero.

Granado, no sabiendo á que atribuir su inesperada alegría, se sonrió con malicia: el capitán prosiguió, bajando la voz:

—Te explicaré este misterio: la chica está perdida por mí; estoy seguro que esta noche me dá el suspiro *si* y que dentro de una semana se verifica nuestra boda. Necesito, pues, algunos maravedises, y como tú no te encuentras en ese caso, y vas á batirte, y sabe Dios lo que resultará del duelo, hazme el obsequio de facilitarme el dinero que llevas para los efectos consiguientes.

El diálogo se hubiera prolongado indefinidamente á no haber aparecido el duque en el extremo opuesto del corredor: Felix arrojó su bolsillo al capitán, y salió al encuentro de su rival.

—Va á empezar la comedia, le dijo; os dignareis prevenirme donde os sentareis?

—Donde gustéis.

—Entonces hacedme el obsequio de aceptar esta butaca. Así estaremos juntos.

El duque la tomó, é inclinándose dióle las gracias, empujó la mampara y entró en la platea.

Felix imitó su ejemplo.

Cuando los jóvenes entraron, todos los ojos y gemelos se fijaron en ellos. La historia del desafío había circulado, y se veían inclinarse fuera de los palcos las cabezas de las mugeres mas lindas de la corte.

Alzaron el telón, y sucedióse un profundo silencio al animado murmullo que reinaba momentos antes. El público dejó pasar las primeras escenas sin que ningún signo exterior revelase su aprobación ó desaprobación. Por fin, apareció Julia y se adelantó al proscenio hondamente conmovida: un ligero temblor nervioso hacia vacilar unos papeles que traía en la mano. Todas las miradas se dirigieron hácia el duque. Entonces este sacó del bolsillo un pequeño silvato de oro, le acercó á sus labios y un sonido agudo y penetrante repetido por otros muchos, resonó en el teatro.

Levantóse Felix gravemente, detuvo el brazo á Vildósola, y con la otra mano tocó la empuñadura de su espada. El duque inclinó la cabeza, guardó el instrumento en el bolsillo y los dos volvieron á sentarse.

Este incidente pasó con tanta rapidez, que los que no estaban en el secreto, nada comprendieron respecto de la pantomima de los jóvenes hidalgos; pero Carmen, que no había perdido uno solo de sus movimientos, aun cuando no hubiese estado prevenida por las revelaciones del torpe cazador, habría adivinado y adivinó en efecto la significación del ademán de Felix, y el mudo gesto del duque. Acababan de desafiarse á muerte, y el desafío debía de realizarse dentro de breves instantes.

(Se continuará.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

## JUNTAS REVOLUCIONARIAS DE AMÉRICA.

(Continuación.)

Siguiendo el consejo de Cisneros, algunos miembros del cabildo propusieron que se volviese á consultar otra vez á los gefes de los cuerpos para ver si después de lo dispuesto, se hallaban con ánimo y potestad de prestarle su auxilio, á fin de llevar á efecto las resoluciones tomadas en tan apremiantes como extraordinarias circunstancias, y ¡cosa extraña! esos mismos hombres que el día anterior habían demostrado que era físicamente imposible mantener al virey en el poder contra la voluntad del pueblo «contestaron unánimemente que estaban aparejados y dispuestos á sostener la autoridad que por voto de él había reasumido el cabildo.»

Pero cuando supieron quienes debían formar la junta provisoria, después de algunas discusiones promovidas sobre la materia, y especialmente por el comandante don Pedro Andrés García, sobre que si el cabildo volvía á reasumir el mando, debería tener voto decisivo el caballero síndico; y por don Cornelio de Saavedra, sobre que debía reformarse la elección de vocal hecha en su persona y recaer en Leiva, porque no quería ser censurado en lo mas mínimo; contestes espusieron que aquel arbitrio era desde luego el único que podía adoptarse en las actuales circunstancias, como el mas propio á conciliar los extremos que debían constituir su seguridad y defensa; que no dudaban seria de la aceptación del pueblo, ofreciendo contribuir por su parte á que quedase plantificado, y se retiraron reiterando las mismas ofertas.

En vista de ellas, acordaron los cabildantes se procediese en el día á la instalación de la junta, y que al efecto se citasen inmediatamente los vocales electos para que á las tres de la tarde compareciesen irremisiblemente en la sala capitular; que al propio tiempo, pasase una comisión compuesta de los dos señores nombrados anteriormente á prevenir á Cisneros la misma conferencia, manifestarle el fin de ella, y el ceremonial dispuesto para el caso;—que se convocara igualmente á los tribunales todos y corporaciones, al obispo, cabildo eclesiástico, prelados y gefes de los cuerpos á fin de que presenciasen el juramento que habían de prestar los vocales en manos del alcalde de primer voto, de desempeñar bien y fielmente los cargos que se les conferían; conservar la integridad de aquella parte de América á Fernando VII y sus legítimos sucesores, y guardar puntualmente las leyes del reino.—Todo lo que se verificó al pie de la letra quedando así instalada la primera junta provisoria.

Los revolucionarios no se dormían entretanto: desde que sufrieron la desesperada resolución del cabildo y el ningún apoyo, la indiferencia con que habían sido acogidas por sus compañeros las enérgicas palabras de García, empezaron á trabajar con actividad febril para que no se malograsen sus planes, y quedase en manos de Cisneros, por una diestra evolución parlamentaria, el poder que casi habían conseguido arrebatarse el 23.

Apenas habían salido los vocales de la sala capitular la fermentación del pueblo empezó á hacerse sentir: se oyeron gritos subversivos; la multitud dividida en grupos derramóse por la ciudad llenando de alarma al vecindario.

Castelli, uno de los vocales y uno de los revolucionarios mas audaces, hizo presente á Cisneros, exagerándole el peligro que le amenazaba. El ex-virey tuvo

miedo, se amilanó, no comprendió que le engañaban; cerró los ojos para no ver que todavía algunos miles de bayonetas le formaban una muralla impenetrable y que á una palabra suya, nada mas que con mostrar un poco de serenidad y arrojo, se hundirían en el pecho del indefenso pueblo al grito de *viva Fernando! viva el virey! ¡mueran los anarquistas, revoltosos y traidores!* como sucedió en Quito.—Nada consideró Cisneros; solo pensó en huir dirigiendo al cabildo, en la mañana del siguiente día, un oficio escrito á las nueve y media de la noche en el que le decía: que siendo él la causa de la agitación que se había renovado, procediese á otra elección en sujetos que pudiesen merecer la confianza del pueblo, cuya medida era de urgentísima necesidad; que se reuniese, por consiguiente, sin pérdida de tiempo, y se espidiera como correspondiese en la inteligencia de considerarse con el poder devuelto.

Miedo y terror pánico, inaudito, revela el oficio del ex-virey, que no tuvo en ese momento decisivo la fortaleza de alma, el pundonor necesario para conjurar la tormenta, manteniéndose firme en su puesto hasta el último instante, como era de su deber, y si criticando allí hasta la vida si necesario fuese, en pro de la causa que sostenía y de la cual era ó debía ser el mas fuerte campeón.

Toda la noche del 24 al 25 la habían empleado los revolucionarios en tocar cuantos resortes estaban en su mano, en ver á cuantas personas podían influir en la realización de su proyecto; en acometer briosamente los obstáculos siempre renacientes que nacían de una situación tan anormal. Porque á escepcion de unos pocos, nos inclinamos á creer que aun no se sabía á punto fijo, especialmente de los que tenían tropas á su disposición, quienes conspiraban con lealtad y quienes jugaban con dos barajas, como vulgarmente se dice. Todavía no ha descrito la historia el velo que encubre la parte de gloria legítima y cierta que corresponde á cada uno de ellos; y si los nombres de Moreno, Castelli, Saavedra, Rodríguez, etc., simbolizan el partido americano, cuyo objeto principal fué desde un principio, emancipar el suelo que los había visto nacer, no todos tenían las mismas ideas y elevación de miras, ni todos tuvieron igual parte en el magnífico resultado alcanzado el 25. Tal es nuestra opinión, que aunque en pugna con lo que generalmente se cree, no por eso menoscaba en manera alguna la reputación de los que hayan sido en efecto buenos y leales patriotas, y los sucesos, su posición ó corta inteligencia no les hayan permitido hacer en aquellos días solemnes, cuanto hubieran deseado en obsequio de la patria. Se nos perdonará esta pequeña digresión, si se atiende á que esta es una cuestión no resuelta aun, que ha dado margen en el calor y ceguedad de nuestras discordias civiles á los mas duros ataques, alevnes suposiciones, y hasta infames calumnias.... Volvamos á las actas.

Hemos visto la conducta pusilánime del virey retratada en su oficio; la respuesta del cabildo ofrece un contraste tanto mas chocante cuanto parece que él, mas que nadie, debía temer la saña y resentimiento del pueblo, oponiéndose á su voluntad tan espresa y terminantemente manifestada. No contentó con decirle á Cisneros que *no puede* desprenderse de la autoridad que él le confiara; añade: «que teniendo la fuerza armada á su disposición, está en la estrecha obligación de sostenerla, tomando las providencias mas activas y vigorosas para contener á los descontentos, y haciéndole en suma responsable de las funestas consecuencias que podría causar cualquiera variación en lo resuelto.

Apenas despachado el pliego, acudió multitud de gente á los corredores de la casa capitular, y algunos individuos, en clase de diputados, previo el competente permiso, se apersonaron en la sala, esponiendo que el pueblo se hallaba disgustado y en conmoción; que de ninguna manera se conformaba con la elección de presidente hecha en Cisneros, y mucho menos con que estuviese á su cargo el mando de las armas; que el cabildo en la erección de la junta y su instalación se había escedido de las facultades que á pluralidad de votos se le confirieron en el congreso general, y que para evitar desastres que eran de temer, visto el estado de fermentación en que se encontraba el pueblo, era necesario tomar prontas providencias y variar la resolución comunicada á éste por bando: los cabildantes procuraron serenar aquellos ánimos acalorados, como los llama el acta, y les suplicaron aquietasen la gente que ocupaba los corredores, en la inteligencia que si ellos habían obrado mal, era por creer que estaban facultados para hacer lo que les pareciese mas oportuno y conveniente; que, sin embargo, y á pesar de todo, meditarían sobre el asunto con la reflexión y madurez que exigía, y que estuviese cierto el pueblo que á su representante no le animaban otras miras que las del mejor bien y felicidad de aquellas provincias. Con lo que se despidieron los precitados individuos, suplicando que no se perdieran momentos, pues de lo contrario podrían resultar desgracias demasiado sensibles y de nota para el pueblo de Buenos Aires.

Con estos datos volvieron los cabildantes á tratar de la materia, y después de varias reflexiones convinieron en que cualquiera innovación, en orden á lo resuelto el día anterior, produciría males de la mayor entidad, pues que los pueblos del vireinato, y aun los del continente, entrarían en desconfianzas al observar una tan repentina variación; y al ver que al gefe de aquellas provincias no se le dejaba la menor autoridad, seria consiguiente la división y este el primer es-



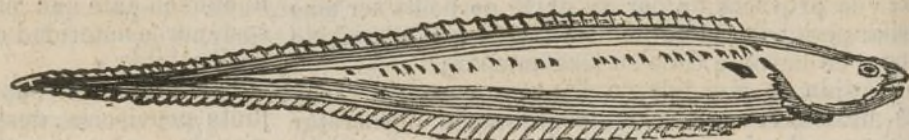
## HISTORIA NATURAL.—BOTÁNICA.



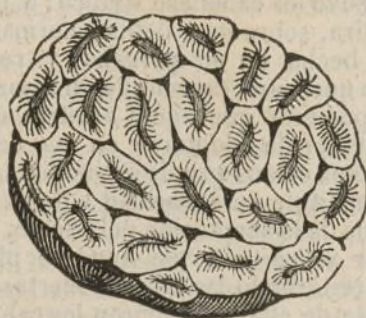
Planta conocida con el nombre de mahwah.



El nardo.



Zoófitos.—Los holoturios.



Pólipos.



El algarrobo.





Rama del algodónero.



El gin seng.



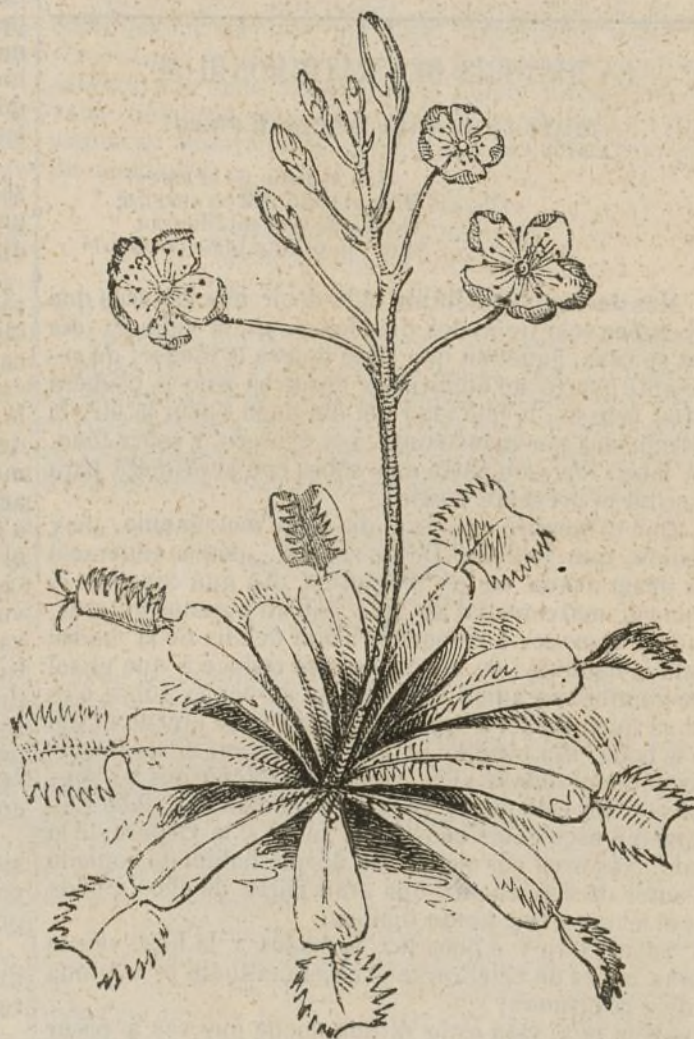
La mandrágora.



Olivo de Europa.



Ananas.



La dionea.



El abedul.



Canirames.





labon de nuestra cadena (1), que la insistencia de una parte descontenta del pueblo no debía esponer á todos á consecuencias de tanto bulto, y era necesario contenerlo por medio de la fuerza; pero que, estando esta á cargo de los comandantes de los cuerpos, era tambien preciso explorar nuevamente su ánimo, no obstante que en el día anterior se comprometieron á sostener la resolución y la autoridad de donde dimanaba. En cuya virtud acordaron citar á todos en el acto para que inmediatamente compareciesen en la sala capitular.

Presentes los gefes, (2) el síndico don Julian de Leiva les hizo entender el conflicto en que se encontraba el cabildo y recordándoles su anterior compromiso, les pidió que le dijese francamente si se sentían dispuestos ó no á sostenerlo. A escepcion de Orduña, Lecog y Quintana, que permanecieron en silencio, los demás contestaron que el disgusto era general en el pueblo y las tropas por la eleccion de Cisneros para presidente de la junta, y algunos que habían trabajado incesantemente aquella noche para contenerlas: que no solo no podían sostener al gobierno establecido, pero ni aun á sí mismos, pues los tenían por sospechosos... que el pueblo y las tropas estaban en una terrible fermentación y era preciso atajar este mal con tiempo, contrayendo á él solo por entonces los primeros cuidados sin detenerse en los demás que se temían y recelaban.

(Se continuará.)

### LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (3).

#### CUADRO VIII.—EL INSTANTE FIERO!

«Sali al patio de la cárcel  
Miré al cielo y di un suspiro;  
—¿Dónde está mi libertad  
que tan pronto la he perdido?»

Mas de una vez habrán oido decir mis lectores que el hombre solo tiene dos días felices en la vida: el día que se casa, aquel en que se le muere la mujer; de semejante aserto no admitimos nosotros sino la primera parte; esto es, la felicidad del día de la boda; la otra la desechamos por monstruosa, por grosera, y sobre todo, por falsa. Por otra parte nos sobra con la primera para escribir el presente cuadro.

Que el hombre es feliz el día de su matrimonio, ¿hay alguien que lo dude? De no ser así, ¿podría tenerse por desgraciado en los restantes? ¿En qué consiste la felicidad matrimonial de que hablan algunos autores, sino en la mayor ó menor duracion del día de la boda? Toda la habilidad de los esposos se reduce á que el sol que alumbró su union conyugal no se ponga nunca ó se ponga muy tarde; á que si no puede ser eterno el día de la boda, sea cuando menos muy largo. Si las ilusiones durasen toda la vida, ¿podrían lastimarnos las realidades? En este punto, preciso es confesarlo, doña Casiana dió excelentes consejos á su hija, la vispera de la boda. Nosotros nos alegramos de que habiendo copiado el autor de este cuadro una gran parte de ellos, pueda oír el lector el siguiente diálogo:

Solas están y á poca luz, la madre y la hija, veinte horas antes de celebrarse el casamiento de la segunda y dice la primera:

—Hija mia, esta es la última noche que vas á pasar conmigo y la última tambien en que libre de cuidados podrás dormir tranquila el sueño de la inocencia; mañana habrás contraído una porcion de deberes, y ya no pasará un solo día de tu vida sin que adquieras una nueva obligacion y nuevos cuidados. Ayer era mio tu corazon; mañana lo será de tu marido.

Doña Casiana habia calculado bien al elegir la hora del crepúsculo vespertino para hablar á su hija, y sin embargo, no pudo impedir que ésta se arrojasen á su cuello y ahogada de sollozos la dijese:

—No, madre mia, no, yo viviré siempre para ti y contigo.

—¡Infeliz! exclamó doña Casiana, despues de un largo momento de silencio, prometes lo que no puedes, lo que no debes cumplir en manera alguna.... Me has amado mientras has podido vivir con solo mi cariño; hoy necesitas otro amor que te ampare mientras llega el día en que puedas devolver á tus hijos las caricias que te prestó tu madre. El amor sucesivo de los padres á los hijos, son los eslabones que sostienen la creacion toda. Diferentes veces me has oido decir que un padre

es para cien hijos, y que un hijo no es para un padre, y con esto no te acusaba de ingratitud para conmigo; tú no podías devolverme la vida que te daba, porque de nada me habria servido; debías guardarla para el padre de tus hijos, y para estos mismos mas tarde... Yo no he envejecido inútilmente... Ayer hubiese muerto con la pena de dejarte sola en el mundo; mañana no me afligirá tu suerte futura...

—¡Pobre, madre mia! gritó Casilda, y doña Casiana continuó diciéndole:

—No te aflijas, hija mia; debes por el contrario dar gracias á Dios porque ha dejado vivir á tu madre, hasta completar tu educacion y asegurarte la subsistencia.... comprende bien la importancia de tus nuevos deberes y serás feliz. El matrimonio no es como dicen vulgarmente una arca cerrada de la cual nadie sabe lo que contiene hasta que se abre; para las mugeres, que como tú han elegido un marido honrado, no puede encerrar otra cosa sino la felicidad. Ciertamente es que hay una parte secreta que puede ser buena ó mala, pero todo consiste en la manera de abrirla: sea tu llave la prudencia y el resultado llenará tus deseos.

Así habló la viuda Casa-Robles á su hija, la vispera de su matrimonio, y al autor de este cuadro le costó gran trabajo decidirse á copiar semejante razonamiento, por temor de que el público le tuviese por apócrifo, pero nosotros le instamos á que no le omitiese, asegurándole que la verdad es creída siempre. Y la verdad en estas materias es: que no hay madre tan desnaturalizada ni tan inmoral, á quien el imprescindible dolor de desprenderse de su hija, no inspire iguales sentimientos. Podrá espresarlos con las lágrimas, con el silencio ó con palabras mas vulgares que las que usó doña Casiana, pero los deseos de una madre son siempre los mismos.

Tambien la futura suegra de don Periquito, esforzándose por sonreír y tratando de tranquilizar á su angustiada hija, dió un giro mas prosaico á su discurso y dijo:

—Cuida, hija mia, de estudiar detenidamente el carácter de tu esposo, para amoldar á él tu gusto y tus inclinaciones, sin que por esto creas que vas á vivir á su capricho, y que no ha de haber mas voluntad que la suya. Muchas veces habrás oido decir que el que todo lo concede lo niega todo; pues bien, sea esa la norma de tu conducta, y serás feliz; jamás te opongas abiertamente á las indicaciones ni á las órdenes de tu marido; acógelas con entusiasmo y serás dueña de modificarlas á tu antojo. No olvides nunca que lo último que pierde el hombre es el amor propio, y que pocas veces le gusta verlo ajado por una mujer. Anticipate á adivinar su voluntad y es el medio seguro de hacer siempre la tuya. Jamás le apartes de sus amigos, pero no tengas intimidad con ninguno de ellos. Cuando tengais algun disgusto, reservate el acudir á las lágrimas porque ellas son el arma de mas efecto que tenemos las mugeres, pero tambien es la que mas se gasta con el uso; cuando se prodigan mucho, el hombre se acostumbra al llanto como á la risa, y no se consigue nada...

Eterna, dice el autor de este cuadro que hubiese sido la letanía de consejos que doña Casiana preparaba para su hija, si un fuerte campanillazo no hubiera suspendido su discurso.

Era el criado del novio que llevaba dos grandes bandejas cubiertas con paños de seda blancos á guisa de regalo de monja en visperas de Navidad.

La criada entró alborozada, gritando:

—Señorita, señorita, el regalo del novio.

—Que pasen adelante, repuso la madre sonriendo.

—No viene mas que uno, dijo la criada.

—Pues bien, que entre, replicó la madre, y tú, añadió dirigiéndose á la niña, dale aquello.

Aquello eran tres napoleones de plata que Casiana entregó al criado del novio antes de que soltara las bandejas sobre el sofá.

La criada quiso al satisfacer su curiosidad probar que sabia su obligacion, y ya se disponia á vaciar las bandejas cuando su ama la dijo:

—¿Qué vas á hacer?

—A desocupar las bandejas.

—¿Para qué?

—Para dárselas á este mozo, contestó la criada.

Y doña Casiana esforzándose por sonreír la replicó: —Deje vd. eso conforme está y no se meta donde no la llaman.

Pero apenas se hubo retirado el camarero del novio, se apresuró ella misma á descubrir los regalos, y dijo á la criada:

—Son vds. capaces de avergonzar y de hacer quedar mal al mismo Meternich, que es el rey de la etiqueta y de la diplomacia. ¿Dónde has visto tú que se devuelvan las bandejas de unas vistas? porque esto que has llamado regalo del novio no son sino las vistas.

—Con que es decir, repuso la criada, entregando sus ojos á un magnífico pañuelo de Manila, color de rosa que venia en una de las bandejas... es decir, que esto no es para la señorita, sino que viene á vistas!... pues, como vamos las criadas cuando buscamos amor... á vistas.

Doña Casiana y su hija se rieron de la simplicidad de la maritornes, pero preocupadas con las prendas de vestir que tenían delante de sí, no contestaron nada, y doña Casiana fué la que despues de un momento de silencio dijo arrugando el entrecejo:

—Ni falta ni sobra... el traje negro para la iglesia, el vestido de moaré para la calle, el aderezo, el abanico y el pañuelo.

—Hay tres abanicos, mamá, exclamó la niña.

—Sí, ya lo he visto, repuso la madre, pero todos podían darse por uno bueno.

—Este vestido de calle es algo chillón, replicó la hija.

—Eso es lo de menos, dijo la madre, si no te gusta, cuando esteis casados le dices á tu marido que te lleve á la tienda donde lo compró y le cambias por otro.

—¡Ay!... no, ¡qué vergüenza!... éste es de su gusto... y...

—No seas boba, ¡qué entiende él de vestidos de señora! lo ha mandado por cumplir.

—Yo le hubiese querido de terciopelo, repuso Casilda, creo que todas las novias llevan un vestido de terciopelo... eso es de rigor.

—Ahora lo será, hija mia, que en mis tiempos no habia semejante cosa, y ya ves tú que la posicion de tu marido no es para ese lujo.

—Menos tenia el novio de la Elisa, y la regaló uno de terciopelo azul.

—Bien, eso ya lo arreglarás tú mas adelante, lo que si podia haber sido un poco mas decente es el aderezo... ¡pues no digo nada el pañuelo! de veinte duros todo lo mas.

—¡De veinte duros! exclamó con aire de incredulidad la niña.

—A veinticinco no ha llegado, replicó la madre.

Y acto continuo se volvió á la criada y mandándola que se vistiera con la mejor ropa que tuviese, la entregó una bandeja cubierta con un pañuelo de seda, debajo del cual, habia una camisa de hombre bordada, con un alfiler de topacio prendido en la pechera, y un corte de chaleco de terciopelo blanco cortado.

Escusado nos parece decir á quien iba destinado ese regalo, ni quien habia bordado la camisa, ni si la criada contaba de antemano con la propina de tres duros que la dieron. Regañándola su ama cuatro días antes la habia dicho:

—Desagradecida, sabe vd. que aunque tengo una sobrina pobre á quien vendrian muy bien los tres duros de la propina del novio, la he ofrecido á vd. que irá á llevar el regalo, y sin embargo, está vd. haciendo méritos para que la ponga en la calle!

Perico no desairó á su suegra, porque afortunadamente la de otro amigo suyo le habia impuesto de todo el ceremonial; y asimismo le dió algunos consejos para amueblar la casa; siendo esta clase de auxilio la que le brindaron muchas gentes sin que hubiese nadie que le ofreciera pecunia. Y esta señora que, como saben los lectores, es la madre de todo, pocas veces es tan precisa como en visperas de boda; verdad es que luego pasa á ser indispensable, pero esto consiste en que una vez hallado el filon, nunca se acaba el mineral. Nuestro héroe (y ahora con mas razon que nunca podemos llamarle así) abrió su bolsillo para pagar la legalizacion de la partida de bautismo que recibió por el correo, y le cerrará cuando su muger le haga la merced de declararle viudo si no le deja familia, ó cuando vaya á gozar de Dios en la vida eterna. De poca menos duracion es la que abraza, y si el cree que el matrimonio es un estado como el celibato ó la viudez, se engaña; el matrimonio es un oficio que no deja tiempo para ninguna otra ocupacion ni trabajo. Si no fueran tantos los casados, no seria extraño que algun día les concediesen las cortes una pensión vitalicia para que pudiesen atender con desahogo á sus deberes. Pero ocasiones tendrá de sobra el que examine esta galeria para ver la razon con que hablamos: sigamos el cuadro presente.

Pocos reos de muerte han estado mas despiertos en la capilla de lo que lo estuvo nuestro novio la noche antes de su casamiento. Estaba señalada la hora de las ocho de la mañana para ir á la iglesia, y él pensó en levantarse á las seis para estar vestido á las siete; y temiendo no tener tiempo suficiente para todo, determinó despertarse á las cinco; y sospechando que podría pasarse la hora de la madrugada, resolvió no dormir; y aunque nada hubiese pensado, ni nada hubiera resuelto le habria sucedido lo mismo. Antes de acostarse creyó que debia examinar toda la casa y reconocer los muebles, por si faltaba alguno mas que el que le habia de entregar su suegra por mano del sacerdote; y despues de acostado, no sin dejar prevenido su trage de boda, se dió á pensar en si lo habria preparado todo para recibir dignamente á Casilda, y si el seria á propósito para hacer la felicidad de su futura; sin que le ocurriera ni remotamente la idea de si Casilda serviria para hacerle feliz. ¡Oh! ¡esto último hubiese sido un sacrilegio!... Casilda era para él un ángel digno de una gran suerte, y de que se sacrificase por ella otro hombre que valiese mas que él.

Indudablemente la ocasion de comprar á un hombre es la vispera de su matrimonio; nunca se cree mas humilde ni se justiprecia mas barato que en esos momentos; pero sigamos el cuadro.

La ceremonia se celebra en la iglesia parroquial de la novia, y esto es natural porque el comprador debe ir á buscar el género á los almacenes; acaso de esta costumbre hayan tomado pretexto algunas madres para decir que «el buen paño en el arca se vende» despues de haber metido á mas de cuatro, no el paño sino el arca por los ojos. El pintor de este lienzo ha tomado el asunto desde el átrio del templo fijando el punto de vista en el altar mayor, y en esto, se lo diríamos si le conociésemos personalmente, ha sido un menguado, porque ha omitido la parte principal. Cuando el cura los saca cogidos por la mano hasta el pie del altar para echarles el yugo, y decirles la misa de velacion, ya está hecho el milagro; aquellas dos voluntades han

(1) En las actas redactadas por un acérrimo realista, hay arias espresiones puestas evidentemente en un sentido doble, esta es una de ellas. Acaso sea torpeza nuestra, pero no hemos podido distinguir si la frase *primer eslabon de nuestra cadena* se refiere á los españoles con respecto á los americanos, ó de unos y otros respecto á los estrangeros. Hemos preferido la segunda version aunque violenta, no obstante que en el período siguiente, que casi literalmente ponemos á continuacion en el texto, se espresa la idea de tratar á los disidentes como un puñado de rebeldes y facciosos. (Véase la p. 41 de las actas.)

(2) Comparecieron puntualmente á la hora señalada los señores don Francisco Orduña, comandante de artilleria; don Bernardo Lecog, de ingenieros; don José Ignacio de la Quintana, de dragones; don Esteban Romero, segundo de patricios; don Pedro Andrés Garcia, de montañeses; don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, de arribeños; don Juan Florencio Terrada, de granaderos de Fernando VII; don Manuel Ruiz, de naturales; don Gerardo Estebe y Llac, de artilleros de la Union; don José Morelo, de andaluces; don Martin Rodriguez, de húsares del rey; don Lucas Vivas, del segundo escuadron de húsares; don Pedro Ramon Nuñez, del tercero; don Alejo Castex, de migueletes; y don Antonio Luciano Ballesteros, de quinteros. (Actas, p. 42.)

(3) Véanse los números 102, 103, 104, 105, 106, 107 y 109.



dado palabra de reducirse á una; se ha ruborizado la niña con la ruborizante epístola de San Pablo; le han dicho al marido, que «de daban compañera y no sierva y que la amase como Cristo amó á su iglesia.» Finalmente se han dado el anillo y las arras en señal de matrimonio. Pero seguramente el pintor ha creído que esa parte del cuadro no ofrecía novedad ninguna para nadie, y se ha contentado con ponerlos uncidos al pie del altar, para hacer una cruz en el lienzo y decir:

R. I. P.

Aquí reposan dos voluntades que andarán siempre dándose coscorrónes para refundirse en una.

Mariquilla tiene un perro  
dice que lo ha de matar;  
del pellejo hará un pandero....  
lo que fuere sonará.

Por hoy y en este cuadro, no suena otra cosa sino dos coches simones que aguardaban á la puerta de la iglesia, y que atacados de plétora, ruedan por las calles hasta parar en casa de doña Casiana. Allí no ha llevado su lienzo el pintor, por no encontrar colores con que copiar las chanzas de mal gusto con que obsequiaron todos los convidados á la infortunada pareja. Por igual motivo no les siguió á la fonda, ni al baile, y guardó sus trebejos hasta la madrugada del día después de la boda; para cuyo cuadro no necesitó otros colores que el blanco y el carmin; con ellos hizo un rosa delicioso, capaz de animar á ser maridos á todos los solteros del mundo. Allá va el cuadro.

#### CUADRO IX.—LA LUNA DE MIEL.

«En bodas y tornabodas  
se gastaron tres semanas;  
«Las bodas... fueron muy buenas,  
«Las tornabodas... ¡muy malas!»  
(Lamentaciones de un marido.)

Son las diez de la mañana de un día de invierno... Excelente hora para despertarse y llamar al criado, pedirle un vaso de leche, y preguntarle si está despejado ó lloviendo, y en ambos casos volverse á dormir hasta las dos de la tarde, para vestirse á las tres y salir á la calle á las cuatro. Gran vida la del soltero propietario á quien no saca de la cama, ni la hora de ir al trabajo, ni la de despertar al ama de cría, ni la de cuidar que el niño mayor vaya al colegio con la cara limpia y las uñas cortadas; ni aun el impertinente rumor que trae consigo la luz de las madrugadas; esa luz que solo alumbra la venta de las verduras, la limpieza de las calles, y el primer hervor de las cocinas. Mil veces dichoso el que después de haber corrido dos ó tres teatros y otros tantos cafés, sin hallar placer en ninguna parte, se ha aburrido mas tarde en una tertulia, y á la madrugada le pesa todos los días de haber cenado en el casino, y va á su casa á las cinco á prometer á su almohada un engañoso arrepentimiento. Para ese hombre no dió Dios aromas al campo, ni rocío á las flores, ni canto al gilguero, ni auras á la mañana, ni albos al astro del día, ni nada, en fin, de lo que constituye la vida de la naturaleza. El no ve la virginal blancura de la nieve sino hollada por la tosca planta del labriego y fundida por los rayos del sol; ni admira el talento fabril con que el astro del día, temiendo quebrar el fanal en que se encierra el mundo, le va aplicando poco á poco el fuego hasta darle la temperatura roja; cuando el soltero abre los ojos, ya está la hornilla perpendicular á la tierra, y el fanal arde por completo. Para tener el gusto de tiritar desde muy temprano en invierno, y gozar mayor número de horas del tormento del verano, se necesita hacer precisamente todo lo contrario de lo que hace el hombre de que estamos hablando.

El soltero rico por lo que heredó de sus padres (y esto va siendo cada día mas raro), ó por lo que gana al juego (y esto es mas frecuente cada día), no se cree seguro de no madrugar con solo acostarse tarde, sino que cierra á piedra y lodo, como suele decirse, los balcones de su aposento, para evitar que el sol tenga la imprudencia de visitarle antes de las dos ó las tres de la tarde.

El casado, verdaderamente casado, no el esposo rico, ni el consorte calavera, porque esos ya hemos dicho que no son maridos, el casado propiamente casado es el que se revuelve en la cama al oír el canto del gallo, y busca los calcetines apenas llega á sus ojos la primera sospecha de la luz del nuevo día. A este desventurado mortal es á quien saluda el gorrion desde el tejado, y á quien brinda la tierra su blanquísima almohada de nieve pura; para él sacude sus plumeros el espáñol, sus ramas el tomillo, y sus tallos el romero; por él vomitan humo las chimeneas de los hogares, y ladra el perro y se espereza el gato; por él, en fin, volean las verduleras, y para él solo es el polvo que invade las calles. Pero no es injusta la naturaleza al darle á ese hombre el monopolio de los encantos de la madrugada; toman todas las precauciones que él toma, y el alba tendría el gusto de poner su faeton al alcance de todas las fortunas.

El casado no se considera seguro de madrugar con solo acostarse tres horas después de anocheado, sino que deja abierto un postigo en la ventana, y á mayor abundamiento, mañoso como todos los de su especie, abre un agujero en las puertas vidrieras de la alcoba

para que el primer rayo de luz le bata la catarata del sueño. Con semejantes disposiciones, el alba sufre un espionaje terrible, y á no salir de trapillo cubierta con un velo de nubes, el casado la sorprende apenas pone el pie en el espacio. Entonces es deber suyo abandonar la cama matrimonial, sin hacer ruido por no despertar á la esposa, que tal vez cuida de no despertarse; vestirse y asomarse súbito al balcon para ver el estado atmosférico, y calcular las variaciones que sufrirá la temperatura en el resto del día. Este trabajo, del que ni siquiera tiene noticia el soltero, que solo ha visto el alba en las decoraciones del teatro, es de mucha importancia y en extremo indispensable. Le sirve para saber: si ha de limpiar el sombrero viejo ó el nuevo; si ha de preparar los chanclos ó los zapatos rusos; si ha de sacar capa, ó levita y paraguas; y en suma, si podrá salir á paseo con su esposa; en cuyo caso debe combinar sus trabajos y repartir el tiempo desde la madrugada.

Hechas estas informaciones metereológicas, sin detrimento de su cráneo, gracias al gorro de dormir que aun conserva puesto, se dirige á la alcoba de la criada; toca con los nudillos, pudorosamente vuelto de espalda en la puerta, y no la dice secamente que se levante y se vista, sino que *se vaya vistiéndose, que ya va siendo hora*; esta frase es de rigor. Asimismo es de rigor que la criada responda tres veces, en el espacio de hora y media, que *ya se va vistiéndose*; y últimamente, que encienda lumbré, si el amo no ha tenido la humorada de anticipar esa faena; y disponga el chocolate, si asimismo el amo no tuviere el gusto de hacerle en una lamparilla económica por dar á su esposa la sorpresa de servírselo en la cama.

Pero vive Dios, lector, que de cuantos perdones te he pedido en el transcurso de estos artículos, ninguno necesito tanto como el que ahora te pido por haberme extraviado del asunto de este cuadro de una manera tan escandalosa, y tan agena del epigrafe con que he encabezado estas líneas. ¿Qué tiene que ver la luna de miel, con la de hiel, ni con la mezcla de ambas que había empezado á pintarte? ¿Hay razon para que este pícaro pincel con que dibujo estos cuadros, emborrache los colores de ese modo, y todo lo confunda en un mismo lienzo? ¿Es por ventura, ni justo, ni humanitario, que el casado de ogaño vea el esqueleto del de antaño, ni que así sin mas ni mas se le haga leer á un hombre en el libro de su porvenir?

¿Pues qué no hay un paño cualquiera para cubrir el cuerpo de un reo, mientras el otro va al suplicio? Repítote, lector, que necesito toda tu indulgencia para el disparate que me ha hecho cometer la pluma. Y suponiendo que tú no me la niegas, allá va el cuadro.

Decía... ya casi no me acuerdo... ¡Ah! si... decía que eran las diez de una mañana de invierno. Pues bien, figúrate que, como se trata de unos recién casados, el marido no había tenido la precaucion de dejar abierto el postigo de la ventana, y así sabían ellos que eran las diez como las cuatro; mejor acaso se les antojaría que era esta última hora, porque se habían acostado tarde y rendidos del baile de la boda, naturalmente el sueño debía ser muy profundo. Los vecinos no se hacían esta reflexion, y no cesaban de mirar á la ventana y de reir porque á los novios se les habían pegado las sábanas; los parientes y los amigos, que no hubiesen aportado por allí en caso de enfermedad ó cosa por el estilo, habían sido puntuales en acudir á informarse de cómo habían pasado la noche (como si no supieran de antemano la respuesta! Pero la puerta de la casa estaba tan perezosa como la ventana, y aun no se había levantado ni se levantó por mas gritos que la dió la campanilla. La criada no había estado de baile como sus amos, pero madrugó, y llena de fervor se fué á buscar la compra y encontró al novio; no conocía el genio de su nueva señorita, ni esta la había dicho que no encontrase al novio ni tardase en volver, y creyó que sin faltar á su obligacion podia hacer ambas cosas.

En suma, eran las once cuando llegó á hacer el desayuno y con ella entraron en la casa, la suegra, los cuñados, los primos y algunos amigos de los desposados. Tomaron posesion de la sala como de pais conquistado, y abriendo los balcones vertieron sobre el lecho matrimonial un gran torrente de luz, seguido de una porcion de reconvencciones alegres, pero picantes y de un género tan chavacano, que al marido le vinieron ganas de cerrar con todos, y de hacer uso de lo que seguramente no le pertenecía ya: del fuero de hombre. Las gentes que allí estaban eran la madre y los hermanos de su muger, y así de buenas á primeras no era político reñir con los parientes idem. Su esposa no habría llevado á malentonces aquel alarde de autoridad, siquiera por ahorrarse la vergüenza de salir desde la alcoba á la presencia de tanta gente; pero se hubo de resignar á hacerlo, vengándose en regañar á su marido. Parece broma pero es lo cierto, que aprovechó esta primera ocasion de enfadarse, diciéndole:

—Si nos hubiéramos ido, como yo queria, á pasar unos días al campo no nos sucedería esto.... te empeñastes en que no!...

—Hija mia, respondió con dulzura el marido, ¿quieres que nos vayamos?

—¡A buena hora!... exclamó la novia sin dejar de gruñir.

—Pues hija, lo siento, pero yo no creí....

—¿Y á dónde quieres que vayamos?

—A donde tú quieras.

—A una quinta... todos los recién casados van á una quinta, dijo con alguna dulzura la esposa.

—El caso es, repuso el marido, que yo no tengo quintas.

—Ya, pero se alquila.

—Es verdad.... se alquila.... ¿quieres que nos vayamos á Carabanchel?

—¡Está tan cerca de Madrid!...

—¿A Sevilla?

—¡Está tan lejos!

—¿A Toledo?

—¡Dicen que es tan triste!

—Pues adonde tú quieras, repuso el esposo siempre con cariño.

Y mientras así hablaban los recién casados, seguían las chanzas y la gresca, fraguándose cien planes diabólicos contra la inviolabilidad nupcial de los desposados. Planes que hubiesen pasado á vias de hecho sin la intervencion piadosa de la suegra que propuso el aplazamiento de toda intontona, hasta media hora después de que ella les hubiese intimado la rendicion. Otorgóse el plazo aun por los que tenían el proyecto de atar una cuerda á los pies de la cama para producir un terremoto, y ya se disponían á dar el golpe, cuando... ¡Oh, sorpresa!... La madre de la novia, abrió las puertas vidrieras después de haber dado tres veces el ¿quién vive? y allí no vivía nadie; los novios habían ganado la escalera por la puerta de escape y refugiados provisionalmente en un café, á bordo de un coche de colleras, dirigieron su rumbo hácia el vecino pueblo de Villaviciosa de Odon.

No hay para que pintar la desesperacion de los chasqueados curiosos; los unos recorrieron todos los rincones de la casa en busca de los fugitivos; los otros salieron á la calle con el propio objeto y todo fué en vano; hubieron de convencerse de la realidad y con el estómago desairado se volvieron á sus casas repitiendo aquello de:

En bodas y tornabodas  
se gastaron tres semanas;  
las bodas fueron muy buenas,  
las tornabodas muy malas.

La suegra fué la única que vió impasible lo ocurrido y dueña del campo fijó allí sus reales, por atender al cuidado de la casa, pero decidida á volverse á la suya, apenas llegase á Madrid el matrimonio. Y tanto esforzó su propósito de no vivir allí siempre, que la criada harta de oír la cantaba desde la cocina esta copla:

A casa de mi novia  
lleve un amigo;  
el se quedó por amo  
yo despedido.

Por si el yerno tenía algun papel de importancia que exigiese salvarlo en caso de incendio ó robo, se tomó la impropia tarea de leer cuantos había en la casa, practicando igual exámen con los demas efectos, incluso los chismes de la cocina; en los cuales halló grandes faltas, que generosamente remedió llevando allí gran porcion de los de su casa... ¡sin acordarse de que habria de necesitarlos cuando llevase á cabo su invariable propósito!

Al propio tiempo que despachaba los negocios del interior de la casa, no desatendió el ministerio de Estado, y conservó las relaciones exteriores, circulando á todos los amigos las consabidas tarjetas litografiadas, en las que, después de anunciar el enlace de su hija con don fulano de tal, no se olvidó de añadir que *esperaba mereciese su aprobacion*, ni aquello de que *los novios vivían en la calle de...* Y esto último es muy original, tratándose de una papeleta destinada á decir que los novios han dejado de serlo. Pero es una costumbre, y las costumbres son leyes; obedezcamos nosotros ahora la que nos impone el presente cuadro, y apaguemos el cardil de la murmuracion mientras alumbra la luna de miel.

Este manjar se ha inventado para todos los casados pobres y ricos; pero los pobres apenas le gozan desde que han creído que el colmenar ha de estar precisamente lejos del sitio en que se celebra el matrimonio. Los ricos que tienen sus casas de campo á donde aislarse con su amor del bullicio de la corte, gozan fuera de la villa todas las dulzuras de la luna de miel; pero los pobres, y peor aun las gentes de la clase media que dejan las comodidades de su casa por alquilar el mal estar de casa de un labriego, creyendo que solo allí se encuentra la luna de miel, esos se engañan miserablemente. No se persuaden de que la miel está en sus corazones, y de que tan dulce destila libando rosas como mordiéndose zarzas. La luna del amor dura mas ó menos segun que sea mas ó menos grande la hogaza de pan con que la alimentan los amantes; pero es tan sabrosa y tan dulce con pan de flor como con pan de municion. Para los recién casados no hay mañana, y gozan del presente como de un bien eterno repitiéndose mutuamente y sin cesar:—Contigo pan y cebolla.

Nosotros les dejamos saborear á su placer el pan de la boda, y soltando el pincel, les decimos por conclusion:

Sed con cebolla felices,  
que ya el diablo tentador;  
pedirá amor y perdices,  
y luego... perdiz y amor  
y luego... solo perdices.

(Se continuara.)

ANTONIO FLORES.



# BIBLIOTECA

# POPULAR.



## ENCICLOPEDIA

MODERNA:

### DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

SE HA REPARTIDO EL TOMO NOVENO.



#### COLABORADORES

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.  
D. Eugenio de Ochoa.  
D. Manuel Breton de los Herreros.  
D. Ventura de la Vega.  
D. Tomás Rodríguez Rubí.  
D. Jorge Lasso de la Vega.  
D. Ramón Mesonero Romanos.  
D. Pedro Madrazo.  
D. José María Antequera.  
D. Francisco Pareja de Alarcón.  
El Conde de Fabraquer.  
D. Casilio Sebastián Castellanos.  
D. Alfredo Adolfo Camus.  
D. Francisco Fernández Villabril.  
D. José Amador de los Ríos.  
D. José Joaquín d. Mora.



#### LAMINAS.

El Atlas de esta obra consta de 360 láminas grabadas en acero y divididas en 25 entregas á 6 reales cada entrega, lo mismo en Madrid que en provincia.

Se ha repartido la entrega novena.

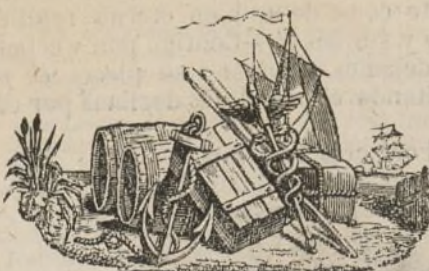
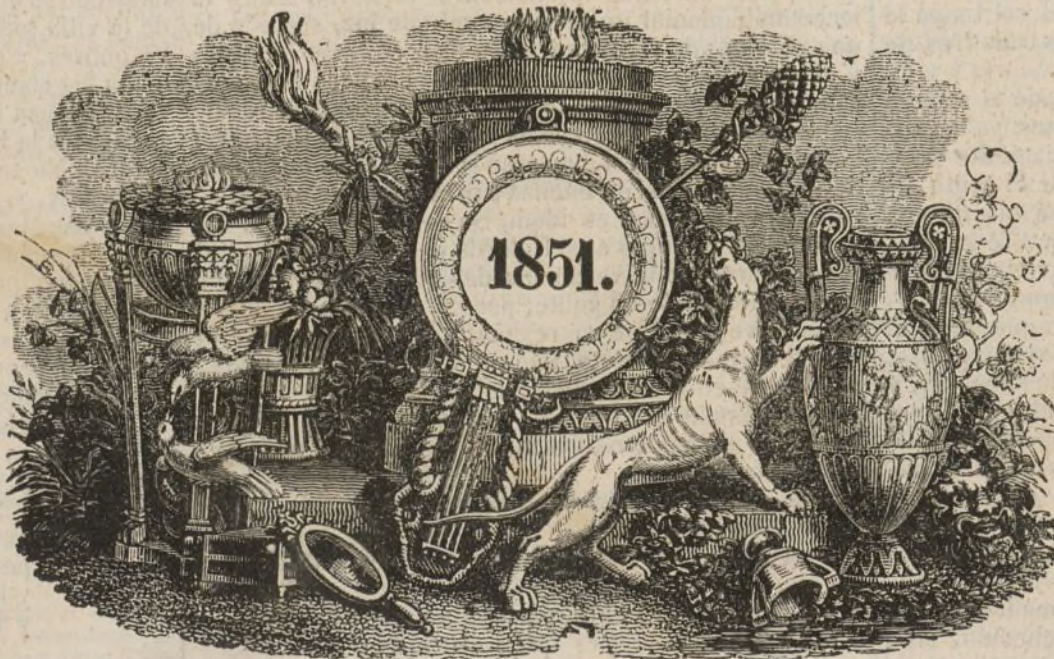


#### COLABORADORES.

D. M. Lafuente (*Fr Gerundio*).  
D. Pedro Felipe Monlau.  
D. Augusto de Burgos.  
D. Joaquín Pérez Comoto.  
D. Ubaldo Pasaron y Lastra.  
D. Robustiano Pérez de Santiago.  
D. Rafael María Baralt.  
D. Facundo Goñy.  
D. Alejandro Magariños Cervantes.  
D. Antonio Flores.  
D. Antonio Ferrer del Río.  
D. Antonio Pirala.  
D. Emilio Bravo.  
D. Joaquín Espín y Guillén.  
D. Gabino Tejado.  
D. Francisco Sepúlveda.

### CONDICIONES DE SUSCRICION.

LA ENCICLOPEDIA, constará de 25 tomos en cuarto mayor, de mil cien columnas cada uno, edicion esmerada en buen papel y caracteres nuevos. El precio de suscripcion es, á dos cuartos pliego, como obra perteneciente á la *Biblioteca Popular*, 46 reales tomo en Madrid y 20 en provincia. Se reparte un tomo cada mes. Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, núm. 25, y en provincia, ultramar y el extranjero, en casa de los corresponsales de Mellado. En los mismos puntos, se dan gratis los prospectos.



DIRECTOR Y EDITOR F. DE P. MELLADO.—Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

Ayuntamiento de Madrid